



MESOAMÉRICA

PERSPECTIVAS TEÓRICO-METODOLÓGICAS DEL CONCEPTO
A PARTIR DE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS RECIENTES



EDITORES
ANNICK DANEELS
MARIO RAÚL MARTÍNEZ LARA

Universidad Nacional Autónoma de México

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas
Rector

Dra. Patricia Dávila Aranda
Secretaría General

Dra. Cecilia Silva Gutiérrez
Coordinadora General de Estudios de Posgrado

Dr. Francisco Arellanes Arellanes
Coordinador del Programa de Maestría y Doctorado en Estudios Mesoamericanos

MESOAMÉRICA

PERSPECTIVAS TEÓRICO-METODOLÓGICAS DEL CONCEPTO A PARTIR DE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS RECIENTES

Editores

Annick Daneels

Mario Raúl Martínez Lara



Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad de México, 2024

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Daneels, Annick, editor. | Martínez Lara, Mario Raúl, editor.

Título: Mesoamérica : perspectivas teórico-metodológicas del concepto a partir de estudios arqueológicos recientes / Annick Daneels, Mario Raúl Martínez Lara (editores).

Descripción: Primera edición digital. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Programa de Maestría y Doctorado en Estudios Mesoamericanos, 2024.

Identificadores: LIBRUNAM 2230869 (libro electrónico) | ISBN 9786073087346 (libro electrónico) (PDF).

Temas: México -- Antigüedades. | América Central -- Antigüedades. | Indios de México -- Antigüedades. | Indios de América Central -- Antigüedades. | Arqueología social -- México. | Arqueología social -- América Central.

Clasificación: LCC F1434 (libro electrónico) | DDC 972.801—dc23

Primera edición electrónica: 2024

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación General de Estudios de Posgrado
Programa de Maestría y Doctorado en Estudios Mesoamericanos
Circuito de Posgrados s/n, Unidad de Posgrado
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, 04510,
Ciudad de México, México
<https://posgrado.unam.mx/mesoamericanos/>

Diseño de portada: Nancy Figarola Quiterio
Cuidado de la edición, diseño y formación : Julio Gustavo Jasso Loperena

ISBN 978-607-30-8734-6

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Índice

Introducción **6**

Mesoamérica: reflexiones en torno al concepto **11**

Annick Daneels

Los lugares naturales del paisaje de relevancia simbólica dentro
de los grupos olmecas: un análisis comparativo a nivel interregional **26**

Alberto Ortiz Brito

Evidencias prehispánicas y dinamismo cultural
en el Centro de Veracruz: el caso de la región de Córdoba **43**

María Bertilla Beltrán Malagón

Redes de intercambio de obsidiana en el extremo sur
del sureste de Mesoamérica durante el Preclásico Tardío **56**

Julio César Alvarado Hernández

Cacaxtla en el devenir histórico mesoamericano:
una propuesta desde sus expresiones plásticas **70**

Mario Raúl Martínez Lara

El complejo templo-cueva Kisim Nah en el sitio de Calica,
Quintana Roo. Una propuesta de lugar en el paisaje
a través de la experiencia, los sentidos y la memoria **89**

Laura A. Romero Padilla

La culpa es de Kirchhoff: un análisis en torno a Mesoamérica
como categoría geohistórica **106**

Paola Michel Flores

La culpa es de Kirchhoff: un análisis en torno a Mesoamérica como categoría geohistórica

Paola Michel Flores*

Resumen

La cotidianidad con la que se utiliza el concepto de Mesoamérica hoy en día ha permitido el diálogo entre investigadores, asimismo, ha catapultado el desarrollo de la investigación arqueológica en México desde su formulación en la primera mitad del siglo pasado. No obstante, desde aquel momento y hasta ahora, conforme las investigaciones avanzan, el concepto ha quedado desbordado en muchos sentidos —en su definición geográfica, cronológica y conceptual, entre otras—. Es por esta razón que, en el presente trabajo, se pretende reflexionar la manera en que, desde su génesis como categoría geohistórica, nos aproxima al conocimiento de una realidad. En ese sentido, se parte del supuesto de que ningún conocimiento es generado sin la influencia del entorno sociopolítico, por ello, para el análisis se utiliza la perspectiva decolonial, para detectar cómo afecta a la producción de conocimiento y a la sociedad misma.

Palabras clave: área cultural, crítica decolonial, teoría arqueológica.

Abstract

The concept of Mesoamerica has allowed dialogue among archaeologists and inspired archaeological research in Mexico since its formulation in the first half of the past century. However, since then, the concept has been modified in many senses —in its geographical, chronological, and even conceptual definitions, among others—. Therefore, this chapter proposes a reflection about how the concept, since its genesis as a geo-historical category, allows us to gain knowledge of a reality. As there is no generation of knowledge without influence of the sociopolitical context, we assume a decolonial perspective, to detect how the context affects not only the academic production but society itself.

* Posgrado en historia, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Keywords: culture area, decolonial critic, archaeological theory.

El concepto “Mesoamérica” ha sido ampliamente difundido, matizado, utilizado e, igualmente, criticado por propios y extraños en la arqueología mexicana, disciplina que lo ha abrazado y en torno a ella se ha desarrollado a pasos agigantados desde su profesionalización. Se reconoce que ha fungido como una herramienta útil que permite ordenar el amplio *corpus* de datos y materiales recuperados, con suficiente coherencia y bajo un lenguaje común; sin embargo, es posible afirmar que la Mesoamérica que definió Kirchhoff en los años cuarenta se ha desbordado en múltiples dimensiones: territorial, cronológica, conceptual y como herramienta epistemológica, por mencionar algunas.

Entonces, se puede decir que Mesoamérica ha sido un espacio geográfico, un periodo y hasta una identidad, pero cabría preguntarse desde su formulación ¿cómo conocemos a partir de ella? Y, en última instancia, ¿cuáles son las implicaciones de su utilización en cualquiera de sus acepciones? Si bien no todas las preguntas se pueden responder en un espacio breve, se propone analizar la manera en que Mesoamérica, como categoría geohistórica, nos acerca al conocimiento de “algo”, sea esto arqueológico o social, esperando suscitar el debate a partir de los cuestionamientos y las críticas que serán esbozadas en este capítulo.

En ese tenor, el texto indagará desde la génesis del concepto, lo cual implica situarlo en un determinado contexto histórico, para continuar con el rastreo de sus aplicaciones en la actualidad y, finalmente, proceder con el análisis crítico que permitirá conocer las implicaciones de su utilización.

Para tal efecto, se usará el modelo que propone Fernando Coronil en su artículo “Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no-imperialistas” (Coronil, 1998: 121-146), el cual, a grandes rasgos, hace una crítica de aquellos conceptos que se han elaborado y contienen un trasfondo colonialista, lo cual implica una relación poder-saber cuyo eje se revela eurocéntrico. La pertinencia de este tipo de análisis para categorías utilizadas por arqueólogos parecería no tener demasiada conexión; sin embargo, al estar en posición de cuestionar a los materiales, la lógica llevaría a pensar que también se está para cuestionar las propias epistemologías.

El artífice

El concepto fue desarrollado por Paul Kirchhoff y dado a conocer en 1943, en el ensayo *Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*. Pero, antes de iniciar el análisis del concepto, es pertinente señalar algunos datos biográficos del autor, con la finalidad de dar una idea no solo de la vida, sino del contexto histórico bajo el cual Kirchhoff redactó su propuesta.

Paul Kirchhoff nació en 1900, en el pueblo de Hörste, en la provincia industrial de Westfalia, Alemania. Hizo sus primeros estudios en la ciudad de Berlín de 1907 a 1919. Estudió teología y posteriormente filosofía, economía y etnología entre 1919 y 1926 en las universidades de Berlín, Friburgo y Leipzig (García Mora, 1979). Por intervención de Franz Boas, consiguió una beca de la Fundación Rockefeller. Fue entonces, en 1927, cuando estudió un semestre en Inglaterra donde aprendió inglés. Anteriormente había estudiado francés, latín y hebreo. Al año siguiente fue a estudiar a Estados Unidos donde permaneció hasta 1930 bajo la dirección de Edward Sapir. Allí trabajó con Boas y Sapir, con Alfred Kroeber y Robert Lowie. Estudió las formas gramaticales del navajo y los dialectos de los atapascanos. En 1931 regresó a Alemania y se doctoró en etnología con una tesis sobre la organización del parentesco de las tribus selvícolas de América del Sur (*idem.*).

Con estos primeros datos se pretende apuntar que Kirchhoff, de nacimiento y formación, es occidental; si bien durante el desarrollo de su trabajo e investigaciones se enfocó en otros grupos, de entrada, su pensamiento es occidental, con todo lo que ello implica y que será esbozado más adelante. Por otro lado, es imperativo poner atención en los años en los que vivió el autor y produjo su texto; esto es, durante la primera mitad del siglo XX, en el seno de grandes conflictos mundiales, así como de la conformación de importantes ideologías políticas que serán cruciales en las décadas posteriores.

Se dice que Kirchhoff tuvo algunas dificultades para realizar investigaciones, debido principalmente a que le era negado el acceso a ciertos lugares por su militancia en el Partido Comunista Alemán, de filiación antinazi, militancia que por cierto también le impidió volver a su país e incluso le costó la nacionalidad alemana, por ello tiempo después se nacionalizó mexicano (*idem.*).

Cuando Kirchhoff llega a México, en 1936, durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, el secretario de Educación de entonces le pidió impartir cursos de etnología en el Museo Nacional de Antropología. Al año siguiente, junto a Daniel Rubín de la Borbolla, fungió como profesor fundador del Departamento de Antropología de la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, creado a iniciativa de Miguel Othón de Mendiábal (*idem.*).

Es interesante aquí remarcar el lugar desde el cual se funda dicho departamento, es decir, que la antropología mexicana surge desde los espacios de la ciencia biológica. Por supuesto, esto no debería parecer extraño, ya que es el momento en que se encuentran en boga las teorías biologicistas para explicar el comportamiento humano, especialmente desde la psicología,¹ pero que definitivamente escapan de ese ámbito.

Por otro lado, como bien señala Ignacio Rodríguez García, la antropología mexicana encontró en el gobierno populista de Lázaro Cárdenas el

¹ Por ejemplo, la psicología histórico-cultural del ruso Lev Vigotsky, la clasificación propuesta por E. Kretschmer o la de William H. Sheldon, en las cuales se relaciona directamente la forma de actuar y pensar con características morfológicas del ser humano (Gutiérrez, 2005).

ambiente necesario para constituirse como la encargada de ofrecer razones científicas a las políticas de búsqueda de identidad de la nación mexicana, acompañada en dicha búsqueda por intelectuales y artistas como Rivera, Orozco, Siqueiros, Jiménez Mabarak, Moncayo, Revueltas, Chávez, Galindo y Mérida (Rodríguez, 2000: 47-63).

En 1942, Kirchhoff colaboró en el surgimiento de la Escuela Nacional de Antropología e Historia cuya base fue el departamento mencionado; asimismo, asistió en la organización de la Sociedad Mexicana de Antropología (García Mora, 1979) y con ello se configuró su privilegiado lugar dentro de la academia mexicana. Como ya se señaló, el año siguiente, 1943, publicó su ensayo *Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*.

Como se puede apreciar, Paul Kirchhoff no era una figura menor en el nascente campo antropológico mexicano; son notables sus conexiones con los antropólogos más prominentes del momento: Boas, Sapir, Kroeber, Lowie e incluso el mismo Malinowski. Asimismo, sus conexiones en el ámbito político mexicano se hacen visibles desde la petición del secretario de Educación hasta su papel de fundador de diversos departamentos, centros y comunidades académicas, para lo cual, como es bien sabido, se necesita mucho más que vocación de investigador.

No hay que perder de vista tampoco que nos situamos en pleno conflicto de la Segunda Guerra Mundial y que a partir de esa coyuntura tan violenta se pone en juego la hegemonía mundial. Así, si se parte de la idea de que hay una relación estrecha entre el poder y el saber, es pertinente poner atención a los saberes que se están produciendo en el marco de esta lucha de poderes.

Formulación y circulación del concepto

En su ensayo, bien conocido por quienes han estudiado arqueología en México, Paul Kirchhoff parte de una breve crítica a las divisiones culturales que se habían hecho en el Continente Americano, con el objetivo de estudiarlo, y desde ahí esboza su propuesta con base en datos lingüísticos provenientes de cronistas del siglo XVI, de la cual desprende la composición étnica mesoamericana, uno de los puntos que enuncia desde el título.

Otro de los puntos referente a los límites geográficos lo resuelve estableciendo fronteras al norte y al sur, catalogándolas y diferenciándolas de acuerdo con el atributo que el autor denomina como “cultivadores superiores”. Finalmente, cuando aborda los caracteres culturales, es básicamente un listado de 46 elementos que se agrupan en tres grandes categorías:

1. Elementos exclusiva, o al menos típicamente, mesoamericanos.
2. Elementos comunes a Mesoamérica y a otras super-áreas culturales de América.
3. Elementos significativos por su ausencia en Mesoamérica.

Desde la primera aparición del concepto, según las palabras del autor:

Fue un intento de señalar lo que tenían en común los pueblos y las culturas de una determinada parte del Continente Americano, y lo que los separaba de los demás. Para lograr este propósito me impuse la limitación de enumerar sólo aquellos rasgos culturales que eran propiedad exclusiva de esos pueblos, sin intentar hacer una caracterización de la totalidad de su vida cultural (Kirchhoff 2009 [1960]: 1).

Tal acotación fue realizada a propósito de otra edición realizada como suplemento de la revista *Tlatoani* en la década de los sesenta, es decir poco menos de 20 años después; en dicha acotación resalta, además del reconocimiento de las limitaciones de su trabajo, el siguiente párrafo:

Falta también la división de esta super-área en áreas culturales que se distinguen no sólo por la presencia o ausencia de determinados “elementos” sino por el grado de desarrollo y complejidad que han alcanzado, siendo las más típicamente mesoamericanas las más desarrolladas y complejas. Falta, en fin, la profundidad histórica que la orientación misma de este trabajo implica, esto es, la aplicación de los mismos principios a épocas anteriores, retrocediendo paso por paso hasta la formación misma de la civilización mesoamericana (*idem.*)

Este fragmento puede ser tomado como una muestra de honestidad al reconocer que en su propuesta se omiten divisiones territoriales y carece de profundidad histórica; no obstante, marca una pauta en las investigaciones, tan es así que la Mesoamérica que “se conoce” hoy en día se compone de áreas culturales y los arqueólogos han intentado darle profundidad histórica con la elaboración de una cronología, a grandes rasgos tripartita (Preclásico, Clásico y Posclásico).

Con el lanzamiento de la propuesta vino un proceso de expansión, en los años cuarenta, que se consolidó en la década siguiente; entonces, trabajar bajo el ideario mesoamericano se volvió motivo de orgullo, unidad y homogeneidad con la imagen de un área cultural más o menos delimitada que atrajo instituciones e investigadores extranjeros a los centros de estudio del país, de tal modo que, al finalizar la década de los cincuenta, Mesoamérica se había convertido en el paradigma dominante (Rodríguez, 2000:49).

La flexibilidad del concepto se amalgamó posteriormente con el materialismo histórico para fortalecer a Mesoamérica con una teoría científica ya “probada” históricamente; sin embargo, los mesoamericanistas —nacionalistas y de izquierda— habrían de desengañarse luego de comprobar que la corriente materialista solo se interesó en Mesoamérica en la medida que esta probaba su propia propuesta de secuencia histórica, donde los casos atípicos son discretamente subsumidos a intrincadas discusiones categóricas (*idem.*).

Cuando menos en las últimas décadas, se apunta que este concepto, al ser adoptado por distintas propuestas posmodernas, ya no se asume en cuanto a su significado cultural, sino en cuanto a su valor como ejercicio holista, a todas luces criticable y que termina por ser incongruente con otras tendencias multidimensionales actuales (Rodríguez, 2000: 49).

Se considera que, recientemente, la formulación del concepto ha escapado de la asociación con distintas corrientes teóricas y resulta más una imagen que un enunciado, puesto que Mesoamérica remite inmediatamente al mapa de la República Mexicana, con la mitad de su territorio dividido y diferenciado en colores, siguiendo una división más o menos distinta de la división política actual, esto es consecuencia directa de una noción que saca a Mesoamérica del plano mental de las representaciones, para constituirla como una realidad de expresión territorial.

Antes de proseguir con esta y otras argumentaciones, es preciso señalar brevemente la perspectiva desde la cual se analiza el concepto de forma paralela al esbozo de la crítica.

¿Decolonialidad y arqueología?

En arqueología, la pertinencia de hacer un análisis desde la perspectiva decolonial radica en la toma de conciencia crítica de los discursos que se han colocado al fondo de la producción del conocimiento. Es un buen momento para que los arqueólogos debatan sobre las propias epistemologías con el mismo furor con el que debaten acerca de los materiales y las sociedades pretéritas a partir de las cuales se construye conocimiento. Es necesario que, como investigadores y como comunidad académica, se vire la mirada hacia el montaje de los discursos, para detectar hasta dónde se da voz a los procesos sociales y en qué puntos los argumentos son un reflejo de los propios moldes mentales, situaciones personales, preocupaciones, e incluso de la política contemporánea. En ese sentido, la crítica a la “colonialidad del saber” está dirigida a la configuración histórica de las disciplinas de las ciencias sociales en el siglo XIX, y a sus posteriores formas de actuación, entre ellas la antropología (Garbe, 2012: 116). Tal configuración básicamente hace referencia a lo que Coronil (1998: 131) denomina “occidentalismo”, como una forma de conocimiento que está ligada a la hegemonía de Occidente; en tanto es una expresión de su poder, establece lazos específicos entre el poder y el saber. En ese sentido, afirma que “El occidentalismo es pues la expresión de una relación constitutiva entre las representaciones occidentales de las diferencias culturales y la dominación mundial del Occidente” (Coronil, 1998: 131). Ya al momento de hablar de la biografía de Kirchhoff, se señalaba que este es occidental, de nacimiento y formación, lo que no significa que se le acuse de ejercer un modo de dominación directa en México, pero sí es posible que su propuesta conceptual reproduzca un cierto tipo de representación acorde con esa forma de conocimiento occidentalista.

Coronil (*ibid.*: 132) detecta cinco características de las prácticas representacionales occidentalistas que participan en la producción de concepciones del mundo, las cuales, en este caso, se van a aplicar al mundo mesoamericano, y versan de la siguiente manera:

1. Separan los componentes del mundo en unidades aisladas.
2. Desligan historias relacionadas entre sí.
3. Transforman la diferencia en jerarquía.
4. Naturalizan dichas representaciones.
5. Intervienen, aunque inadvertidamente, en la reproducción de las relaciones asimétricas de poder existentes.

Estas características tienen como consecuencia el fomento y la persistencia de representaciones de desigualdad, es decir, al desligar historias, separar componentes y jerarquizar la diferencia, se obtiene como resultado un mapa del mundo cuya imagen favorece ciertos puntos o regiones, mientras que menosprecia otras, teniendo como sustento discursos que se consolidan como “realidades históricas”; es por ello que este tipo de categorías resultantes son llamadas geohistóricas, porque las concepciones geográficas no son un elemento natural dado, sino producto de una cierta configuración histórica.

Ahora bien, es importante remarcar que en este momento ya no solo se habla del concepto inicial de Mesoamérica, sino de su aplicación más reciente y de forma más general. Entonces se irán argumentando, uno por uno, los puntos antes enlistados, hablando particularmente del concepto que aquí atañe.

En ese sentido, es coincidente el primer punto; en efecto, el entendimiento de Mesoamérica separa los componentes en unidades aisladas, de alguna forma, la concepción como super-área le separa y aísla de lo que le rodea, aunque ha de reconocerse que existen diversos estudios en los que se conjugan diferentes áreas culturales escapando así de su aislamiento, como bien lo ha mostrado Alberto Ortiz, en su artículo de este volumen. Como consecuencia, se cumple el segundo punto, es decir, este aislamiento provoca que se desliguen historias relacionadas entre sí, tanto al interior de la super-área como fuera de sus fronteras.

El tercer punto es uno de los más patentes, si se toma como eje referencial el Altiplano Central, se tendrá que lo que existe fuera de él se compara, por ejemplo, en términos de monumentalidad, y aquello que es diferente inmediatamente se jerarquiza, de manera que la agenda de investigación está pautada por nociones de sitios mayores y menores, sociedades más o menos complejas, etcétera, que deriva en el descuido de otras temáticas. Del mismo modo, se jerarquizan los modos de subsistencia, aún se cree en los “cultivadores superiores” —término utilizado por Kirchhoff— y en los cazadores-recolectores primitivos, otorgándoles una categorización diferenciada en términos de valor. Ni qué decir de la forma en que se jerarquiza el tiempo mediante la forma en que se nombra: Preclásico, Clásico y Postclásico, que por cierto responde a los cánones occidentales de la llamada cultura griega, lo cual, como se ha visto en los artículos de Mario Raúl Martínez y Bertilla Beltrán, a menudo ocasiona problemáticas de índole analítica.

Sobre el cuarto y quinto punto, al naturalizarse estas representaciones que conllevan a intervenir inadvertidamente en la reproducción de las rela-

ciones asimétricas de poder, también hay algo que decir. Esta naturalización se encuentra relacionada con la forma en que esta producción de conocimiento finalmente sale de los círculos académicos y llega a la población. En el caso del concepto de Mesoamérica, se ha naturalizado porque forma parte de un discurso estatal y de esta forma interviene con las relaciones de poder:

En la medida que la conservación del patrimonio nacional tiene como finalidad política sustentar la idea de una homogeneización cultural históricamente dada, entonces el área valorativa de la arqueología científica se funde con la ética del Estado y se convierte en una arqueología nacional, cuya tarea consiste en construir-consolidar, conservar y proteger el conjunto de bienes considerado base objetiva del discurso patrimonialista mexicano (Gómez, 2007: 122).

Para los mexicanos en general, esto impacta en la concepción de que el “México Antiguo” (Rodríguez, 2000)² se constituye como una unidad culturalmente homogénea que provee de un pasado común y ciertamente glorioso, con la salvedad de que el sur concentra toda la riqueza cultural de México, mientras que el norte se concibe como una suerte de vacío en donde culturalmente “no hay nada” que apreciar o de qué enorgullecerse. Por otro lado, se vuelve el argumento científico que sirve para revalorizar al campesino indígena sin comprometer el *statu quo* del Estado, es decir, se convierte en una herramienta discursiva engañosa para calmar ciertas demandas, ayudando así a reproducir la desigualdad.

Entonces, ¿Kirchhoff es culpable? Consideraciones finales

Definitivamente, el propósito de este texto no ha sido dictar sentencia a nadie; Paul Kirchhoff no es ningún culpable. Lo que sí se pretende es llamar la atención sobre la clase de conocimiento que estamos produciendo ya que, finalmente, la elaboración de categorías, conceptos y representaciones está en manos de las comunidades académicas. Por tanto, es hora de responsabilizarse por lo que cada uno escribe, la forma cómo lo escribe y para quién lo escribe.

Existe una posibilidad de desprenderse de esos modos de reproducir las desigualdades, de ir eliminando paulatinamente esos calificativos como civilizado-primitivo, desarrollado-subdesarrollado, e incluso nociones de centro-periferia que son un legado de las visiones progresistas de la Modernidad. Es importante que como arqueólogos se procure no desapegarse del propio presente, porque es de aquí desde donde emanan las interpretaciones y es a los contemporáneos a quienes de alguna forma van a impactar tales discursos, no ya como simples datos curiosos o historias de sobremesa sino en la concepción del mundo.

² Ignacio Rodríguez hace referencia al argumento de Luis Vásquez León en su tesis doctoral “El leviatán arqueológico” (Leiden, Research School CNWS, 1996).

La pertinencia de seguir utilizando un concepto como Mesoamérica está abierta al debate, así como también debería estarlo la forma de concebir y dividir las temporalidades, la manera en que se estructuran los discursos e incluso la finalidad pragmática del quehacer arqueológico.

Bibliografía

Coronil, Fernando

1998 “Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no imperialistas”, en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (coords.), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, México, Miguel Ángel Porrúa, pp. 121-146.

Garbe, Sebastián

2012 “Descolonizar la antropología-antropologizar la colonialidad”, en *Otros logos*, núm. 3, pp. 114-129.

García Mora, Carlos

1979 “Paul Kirchhoff. El instigador”, en *Antropología y marxismo*, núm. 1, pp. 7-10, en línea <https://www.academia.edu/2989229/PAUL_KIRCHHOFF_EL_INSTIGADOR>. [Fecha de consulta: 24 de febrero de 2016.]

Gómez Goyzueta, Fernando

2007 “Análisis del desarrollo disciplinar de la arqueología mexicana y su relación con el patrimonio arqueológico en la actualidad”, en *Cuicuilco*, vol. XIV, núm. 41, pp. 219-241.

Gutiérrez Rodríguez, Teresa

2005 “Teorías biológicas de personalidad y su aplicación al análisis de los personajes de Abigail Morgan”, *Institute for Psychological Study of the Arts Journal*, en línea <<http://www.clas.ufl.edu/ipsa/2005/proc/rodriguez.pdf>>. [Fecha de consulta: 20 de febrero de 2016.]

Kirchhoff, Paul

2009 [1960] *Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*, en línea, Al Fin Liebre Ediciones Digitales, Xalapa, en línea <<http://api.ning.com/files/cNNKnPKHW6EV3dZxcLU9LYzzMAvn7KX9Bom0ICOFr4lBM6A-rbr-oljFSVl-skEl1n6gViXPrGAToe7Nbpu2T3PXOnF6VRujC/PaulKirchhoffMesoamricasuslmitesgeogrificoscomposicintnicaycaracteresculturales.pdf>>. [Fecha de consulta: 10 de enero de 2016.]

Rodríguez García, Ignacio

2000 “Mesoamérica, ese oscuro objeto del deseo”, *Dimensión Antropológica*, núm. 19, pp. 47-63.